

RETÓRICA Y TRADUCCIÓN

MARÍA OLIVER

UNIVERSITAT POMPEU FABRA, BARCELONA

«Il n'y a pas de parole sans réponse». Si entendemos que *parole* es enunciado, discurso, podemos establecer las siguientes paráfrasis de esta frase de Lacan -que intenta establecer una retórica del inconsciente, una formulación las leyes que éste sigue a la hora de manifestarse-: «todo enunciado *provoca* entendiendo este verbo latino sobretudo en su sentido original, pero también en todos sus sentidos posteriores: «llamar hacia afuera», «incitar», «empujar», «atacar», «desafiar», «provocar»; «todo enunciado necesita para realizarse de un receptor, en el sentido que todo discurso al producirse afirma de forma implícita la «existencia» de un receptor» y, por último: «el objetivo final de todo discurso es *seducere* -«a-traer»; «desviar (del buen camino)», «corromper» así como «seducir», «cautivar», «fascinar», «gustar». Todo ello, de momento, parece no tener relación ninguna con la retórica. Bien, recordemos que la retórica se define tradicionalmente como el *ars del bene dicendi*, designando *bene* el éxito del discurso, o sea: la obtención de una respuesta -de la respuesta buscada-; la alteración -he aquí una de las acepciones de «corromper»- de la situación; la modificación del discurso de la parte contraria (no hay que olvidar que el origen «judicial» de la retórica).

La retórica clásica pretende ser, pues, el sistema de reglas (*ars*) que garantiza el éxito de la persuasión (que era el objetivo de los discursos de la parte), de ahí que más adelante pasara a ser el sistema de reglas que permitía expresar, decir, formular aquello que la gramática (el arte del *recte dicendi*) no recogía: cómo *movere*, cómo provocar una respuesta en el receptor, sin necesidad de formular literalmente un pregunta; cómo ir más allá de la gramática, de la norma, para llamar la atención, pero también para velar o disimular la *voluntas*. La *voluntas*, el objetivo final, el propósito del discurso. Disciplinas como la pragmática, al hablar de «intencionalidad» del discurso y basarse en el análisis de la situación de enunciación (recordemos que otra definición igualmente amplia y cómoda es la que entiende la retórica como el arte y la doctrina de la comunicación efectiva); el psicoanálisis, que afirma que el inconsciente, su hipótesis fundamental, es un lenguaje cuyos principales modos de significación, según Lacan, son la metáfora y la metonimia, o la sociología más foucaultiana, -más «discursiva», que analiza las actuaciones del cuerpo social como discursos de los que pretende establecer la intención final y real; todos ellos parten de, profundizan en, recuperan, o hacen avanzar este concepto fundamental de la retórica clásica. Y ello se debe a que la retórica está en la base de la cultura -del discurso cultural- occidental. Gérard Genette lo sintetiza perfectamente al reflexionar sobre los avatares de la retórica y la educación:

Aujourd'hui, donc, et très officiellement, la rhétorique a disparu de notre enseignement littéraire. Mais *un code d'expression (et un instrument intellectuel)* d'une telle envergure ne s'évanouit pas sans laisser des traces ou sans trouver de successeur: sa mort ne peut être, en réalité qu'une relève, ou une mutation, ou les deux à la fois. Il faut donc plutôt se demander *ce qu'est devenue* la rhétorique, ou *par quoi elle a été remplacée* dans notre enseignement. (Genette 1969: 24-25; la cursiva es del autor)

Las disciplinas a que nos hemos referido son «hijas» de este «instrument

intellectual», pero también respuestas a las preguntas que se formula Genette -si ponemos en paréntesis la acotación «dans notre enseignement» y las hacemos extensivas al ámbito de las teorías centradas en el discurso): la retórica ha pasado al ámbito de la reflexión sobre el discurso desde que este paso a ocupar el centro de la reflexión en los estudios de «humanidades», como «secuela» del estructuralismo. Esta reflexión nos sirve, como a Genette, para abrir la reflexión sobre las virtudes de la retórica para la didáctica de la traducción, aunque podamos ya responder a su extrapolada preocupación: los estudios de traducción son explícitamente retóricos, entendiendo el adjetivo en el mejor sentido del término -que también lo tiene-; las facultades de traducción son, efectivamente, uno de los lugares a los que ha ido a parar la retórica tras su enriquecimiento, matización... En todas es esencial la noción de efectividad, de éxito de la *voluntas*, de la intencionalidad del texto.

La conclusión de la reflexión de Genette viene a ser que de una educación explícitamente retórica (de una retórica de la *elocutio*) se pasa en Francia a una educación implícitamente retórica (de una retórica de la *dispositio*) y que ya no produce textos sino discursos sobre el texto (es el caso de los ejercicios de *dissertation* y de *commentaire composé*). Así, se produce un cambio esencial en los estudios literarios: la literatura deja de ser un modelo para devenir un objeto.

Este análisis es válido también para el sistema español (y con más razón si tenemos, en cuenta que no existe una institucionalización de los ejercicios tipo como en el caso francés). Decíamos que el discurso deja de ser modelo para devenir objeto. Pues bien los estudios de traducción se sitúan en una encrucijada o en tierra de nadie. Para la traducción el texto es ambas cosas, objeto y modelo: el traductor se enfrenta a un texto *in presentia* que funciona como objeto (que debe decodificar y analizar) y tiende hacia un texto *in absentia* (en un primer momento) que será su traducción. Ahora bien durante el recorrido del primero al segundo debe mediar un modelo (el modelo al que debe responder el texto *in absentia*), que a su vez es resultado de la consideración del texto *in presentia* también como modelo, un modelo al que hay que encontrar un equivalente en la lengua de llegada.

El traductor debe ser pues un lector altamente calificado, lo que le permitirá ser un productor de textos según modelo. Permittiéndonos la licencia de alterar y glosar la frase subrayada por nosotros en la primera cita de Genette, obtenemos la siguiente definición: la retórica es un instrumento para el conocimiento, el análisis y crítica (de comprensión) textual a la vez que un *modus operandi* para la producción de textos. De modo que la que la retórica forma tanto al lector (al crítico) como al productor (redactor) de textos. El traductor es (o debería ser) la hibridación perfecta de ambos, un híbrido de lengua bífida. En sus *Elementos de retórica literaria*, Lausberg recuerda que «un dominio empírico o un conocimiento retórico de las formas retóricas empleadas por el hablante o escritor no es necesario en el oyente o lector. Es más, el conocimiento de las formas retóricas por parte del oyente puede estorbar el efecto pretendido por el orador o escritor de esas formas; pues ese efecto ahora está sometido al control del oyente». Pues bien, el traductor debe de ser en una primera etapa un lector que controle los efectos del texto y que sea capaz de discernir la *voluntas*, la ideología, la intencionalidad del texto, puesto que en una segunda etapa deberá de reproducirla (según las formas retóricas que la lengua de llegada usa para ese objetivo). El traductor es un lector-escritor; un oyente-hablante. Recordemos también que el orador ideal de los manuales de retórica debe de ser capaz de comprender intelectualmente todas las materias, su característica principal es pues una disponibilidad universal, es decir ha de ser un buen intérprete de los infinitos sentidos

de los infinitos textos. (¡Qué mejor definición de traductor!). Tiene pues que poseer las claves de producción del sentido, para poder interpretarlo a la vez que reproducirlo. Y esta coincidencia es lo que hace a la retórica atractiva para la didáctica y para el dominio de la traducción. Otro de sus encantos es que en la educación retórica, la continuación natural del estudio de las figuras (todavía en el XIX) era la producción de las mismas, o lo que es lo mismo, que hacía coincidir el discurso sobre el discurso (el texto literario en el caso de la educación del XIX) con una práctica de éste; o como dice Genette:

Le second trait [se refiere a la educación literaria del siglo XIX en Francia] consiste en une coïncidence presque totale du descriptif et du normatif: l'étude de la littérature se prolonge tout naturellement en un apprentissage de l'art d'écrire?

La reflexión extensa y minuciosa sobre el texto de partida puede pues hacerse a partir de la retórica. Veamos de manera rápida en que consistían las «ejercitaciones» retóricas y comparémoslas a los contenidos que se imparten en asignaturas como análisis del discurso. Las «ejercitaciones» eran la gimnasia del *retor*. Estos ejercicios se dividían en dos grupos. En el primero se incluían aquellos destinados a la adquisición y perfeccionamiento de los medios artísticos o sea a los compendios de temas, de ejemplos, de léxico y de figuras. Esto podía conseguirse pasivamente mediante la lectura de textos (literarios) que estimulaban la *imitatio*, uno de los ejercicios fundamentales de la retórica. Señalemos la importancia de la lectura. El lector que todo traductor lleva dentro ejercita una *memoria pasiva* de las características propias a cada tipo de texto. Cuanto más leído sea un lector, valga la redundancia, más fácil le será entender conceptos como hipertexto o intertextualidad, fundamentales a la hora de establecer tipologías textuales; básicos para la identificación del modelo.

También podía hacerse activamente mediante ejercicios de vocabulario por los que se aprendían los sinónimos y los tropos (recordemos todos los ejercicios para encontrar la palabra o giro adecuados, convenientes o correctos de los manuales de didáctica de la traducción, o la importancia de conceptos como «campo semántico» o «isotopía»). Ejercicios que hoy situaríamos en el eje paradigmático.

El segundo grupo lo constituían los ejercicios destinados a la elaboración de discursos completos mediante los ejercicios de redacción en los que se elaboraban textos muy acotados. La traducción era uno de estos ejercicios destinados a consolidar y enriquecer la lengua materna (de llegada). Otros ejercicios de este grupo consistía en la modificación en la modificación de textos en lengua materna (como las paráfrasis hechas siguiendo normas muy estrictas). (En muchos manuales de traducción se recomienda la paráfrasis de los enunciados oscuros o confusos tanto del texto de llegada como del texto de partida).

Visto esto podemos deducir que en los estudios de traducción se da una presencia clara de los principios de la retórica clásica y que tal vez sería recomendable explicitarlos y afirmarlos. Podría empezarse por reconocer una inversión que se practica literalmente, por así decirlo: la operación de traducción deja de ser un ejercicio para pasar a ser una «categoría» o «género» discursivo. La única ventaja de considerarla un ejercicio de por su situación en la doctrina se convierte en algo siempre perfectible, imperfecto -inacabado- por definición, siendo, sin embargo la perfección para con los parámetros establecidos su objetivo. Para decirlo de otro modo la traducción perfecta siempre estaba por llegar. De entrada se afirmaba que la traducción perfecta era una «ilusión». Hablaremos de esta «ilusión» más adelante.

Hemos visto cómo la retórica propone unos ejercicios bastante adecuados a la formación del traductor y como es una disciplina que se ocupa de ese *entre deux* que es el territorio de los estudios de traducción. Intentemos ver ahora cómo la retórica aporta también un instrumento básico al estudio de la traducción literaria.

El análisis de una traducción literaria podría hacerse siguiendo las pautas del estudio de atribución de autoría (que permite establecer la coincidencia o divergencia de estilos, el problema de la «bondad» o «maldad» de la traducción literaria no deja de ser una problema de buen o mal equivalente estilístico). El estudio de atribución se realiza mediante una delimitación del texto (primer problema, la unidad textual y el *más difícil todavía* de la unidad de traducción) y de las normas que vamos a usar para la comparación. Obviemos el problema de la unidad textual (que tal vez tenga solución en la utilización de la retórica de las figuras como taxonomía o instrumento de análisis del texto de partida) y consideremos que la unidad es el género de la obra literaria, la novela, la obra de teatro, etc. Ahora bien, tengamos también en cuenta que podemos aislar en el interior de esta unidad que es la obra segmentos «tipos de textos» dispuestos de manera necesaria por el autor. Así tenemos descripción, narración y diálogos en la novela, por ejemplo. Si establecemos como norma de comparación la coincidencia o la divergencia respecto al original, comprobaremos con facilidad que las divergencias no se dan respecto a estos segmentos. Los diálogos son siempre respetados, los párrafos de narración, las descripciones... La unidad debe pues ser otra, o la norma. Ahora bien, si aplicamos la retórica de las figuras como taxonomía obtendremos mejores resultados. Consideremos cada figura descrita en los manuales de Fontanier o en el *Gradus* de Dupriez una unidad textual. Normalmente es en estas unidades en las que se plantean las divergencias. La retórica se presenta en este caso como un buen aparato de descripción lingüística, puesto que da cuenta de varias «unidades» des de las figuras lexicales (las *figures de mots* de Fontanier) como la aliteración, hasta los segmentos o tipos de discurso en sus variantes (tipos de descripción como la «expolición» o la «topografía» que, de hecho, son modos de estructuración), pasando por las figuras de composición (como las gradaciones, las anáforas o las *métaphores filées*).

La retórica se presenta pues como el corpus del que la literatura occidental extrae sus recursos, pero también es la teoría que da la norma para su producción. Otra vez descriptivo y normativo coinciden. ¿Porqué despreciar semejante taxonomía? Hay otro aspecto tal vez más *anecdótico* de la retórica pero no irrelevante para el *état d'esprit* del traductor o del «sopesador» de traducciones. Al aplicar la retórica de la figura, de una delirante exahustividad, o simplemente al analizar minuciosa y exhaustivamente el «valor» de las dos grandes figuras -y según algunos teóricos, las únicas-, la metáfora y la metonimia, al análisis del texto de partida y de llegada el traductor o el «sopesador» de traducciones no puede evitar la sensación de vértigo; sensación que no es otra cosa que la decepción de esa ilusión de que hablábamos. Ilusión de ser un original, ese es el peligro y el atractivo riesgo de toda traducción. Tiene que «ilusionar», *faire illusion* cuya etimología, no lo olvidemos, es *illusio*, de *illudere*, «engañar», que a su vez viene de *ludere*, «jugar», «fingir», «actuar»... Que es todo lo que hacemos para seducir, para llamar la atención, para convencer... (Y vuelta a empezar).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Dupriez, Bernard. 1984. *Gradus. Les procédés littéraires. (Dicctionnaire)*, París, U.G.E.
 Genette, Gérard. 1969. *Figures II*, París, Seuil.
 Fontanier, Pierre. 1977. *Les figures du discours*, París, Flammarion.